

Matanga dijo chilanga

ROBERTO ZAMARRIPA

El espejismo del triunfo de Ángel Aguirre en Guerrero ha llevado a los dirigentes de los partidos de la izquierda (o lo que ello signifique) a suponer que retendrán con holgura la Ciudad de México en el 2012 y con ello disputarán la Presidencia de la República.

Pero Guerrero ha sido una burbuja.

Si bien la izquierda partidista ha retenido en tres elecciones el gobierno de la Ciudad de México, las votaciones delegacionales marcan una caída consistente de sus simpatías.

En el 2006 el conglomerado de izquierda obtuvo su mayor votación desde que gobierna la Ciudad de México con casi dos y medio millones de votos, representando un 52 por ciento de la votación total.

En el 2009, el PRD obtuvo 897 mil votos y el PT 341 mil. Juntos reunieron menos de la mitad que lo obtenido en el 2006.

La izquierda partidaria participó dividida con el tragicómico caso de Iztapalapa, donde Juanito ganó la elección en la principal demarcación capitalina abanderando al Partido del Trabajo y venciendo a una candidata perredista auxiliada en su postulación por el Tribunal Electoral. El PAN venció en las delegaciones de Cuajimalpa, Benito Juárez y Miguel Hidalgo y estuvo a punto de vencer en Coyoacán. Y el PRI incluso repuntó en su votación global.

Comparando ambas elecciones intermedias, la del 2003 y la del 2009, las pérdidas fueron significativas.

En el corazón de la ciudad, la delegación Cuauhtémoc, la caída izquierdista fue estrepitosa: en 2003 la votación del PRD fue de 103 mil 778 votos más mil del Partido del Trabajo para un 54 por ciento de los sufragios. Para el 2009 la votación perredista fue de 56 mil 380 votos, apenas una tercera parte de electores más 11 mil 551 del PT, para sumar ambos 36 por ciento de sufragios. El PAN se mantuvo rondando en un 20 por ciento de votos mientras que el PRI pasó de 20 mil 864 votos en el 2003 a 35 mil 487 en el 2009, creciendo de 10.7 a 19.45 por ciento.

En Coyoacán la victoria perredista en el 2009 fue angosta. Los de izquierda pasaron de 111 mil votos en el 2003 (45 por ciento) a 74 mil 500 seis años después (29 por ciento). El PAN quedó a unos cuantos votos de ganar. Pasó de 61 mil sufragios en 2003 a 73 mil 651 en 2009.

Las diferencias públicas entre Marcelo Ebrard y López Obrador por la política de alianzas con el PAN cada vez distancian más a los seguidores de cada uno de esos líderes. Aparejado a ello está la desenfundada carrera de quienes se sienten aspirantes a la jefatura capitalina, tanto del lado marcelista como de la filiación

lopezobradorista y que con uso de recursos públicos, ya sea como gobernantes o como legisladores, impulsan sus candidaturas, aun a costa de las propias directrices de sus líderes y partidos.

La Supervía impulsada por el actual gobierno capitalino ya quedó inscrita en ese juego sucesorio y ha agudizado las diferencias entre grupos lopezobradoristas y funcionarios marcelistas. El escalamiento del conflicto hacia la Comisión de Derechos Humanos y a manifestaciones callejeras marcan apenas una etapa de algo que advierte diferencias de mayor profundidad. Mientras el gobierno de López Obrador auspició la redensificación de las zonas céntricas de la ciudad, el de Ebrard ha retornado a políticas de desarrollo de la zona periférica. Es previsible que, producto de las obras simultáneas mal explicadas y deficientes gobiernos delegacionales que las acompañan, continúen las pérdidas de simpatías en la zona centro (Cuauhtémoc) o en el oriente (Iztapalapa), se trasladen hacia el sur y el poniente (Tlalpan, Álvaro Obregón, Magdalena Contreras) e incluso a las zonas semirurales (Tláhuac y Milpa Alta).

El costo de la victoria en Guerrero del equipo de Ebrard machaca sobre las viejas prácticas de la política: uso del aparato público para costear campañas en una entidad ajena mientras se debilitan en la Ciudad de México programas y atenciones sociales. Los lopezobradoristas machacan a su vez en viejas prácticas que propician su aislamiento. El sainete de la manta insultante en la Cámara de Diputados consolida la antipatía sobre formas ineficaces de hacer política.

La disputa perredista y sus colegiados no tiene árbitros ni normas ni rumbo. Si fuera un asunto de socios de un club privado pues allá ellos. Pero es una disputa que implica el uso de recursos públicos para propósitos facciosos, el juego con expectativas y humores ciudadanos. Es, en todo caso, una irresponsable manera de responder a votos ciudadanos que los encumbraron y malentender el cumplimiento de los contribuyentes con sus obligaciones fiscales. Los ciudadanos pagan para garantizar obras de gobierno, no para pertrechar a tribus partidarias.

Cierto, los costos vendrán en las urnas. Pero están obligados a frenar dicha irresponsabilidad política antes de que colapsen la ciudad.

EL LECTOR ESCRIBE

A DESQUITAR

Ahora resulta que los presidentes de la Cámara de Senadores y de Diputados demandan respeto a la Constitución y a los Poderes de la Unión. Eso se gana, señores políticos, cumpliendo con su trabajo que es ver por nosotros los ciudadanos, no por sus mezquinos intereses partidistas.

Terminen con los shows de quinta categoría, saquen alguna reforma, la que sea: algo es mejor que nada.

Desquiten su trabajo porque a nosotros nos cuesta mucho ganarnos el sustento para mantenerlos a ustedes.

Miguel Moreno
Monterrey, Nuevo León